

A black and white close-up of a woman's face, looking down. Her hair is dark and messy. There are numerous red splatters, resembling blood, scattered across her face and hair. The background is dark.

SALLA
SIMUKKA

ME LLAMO LUMIKKI

ROJO COMO
LA SANGRE

**LUMIKKI
MANÍA**

¡ÉXITO EN MÁS
DE 50 PAÍSES!

Annotation

Lumikki Andersson tiene 17 años, va a una escuela de arte y no le gusta meterse en asuntos ajenos. Pero un día encuentra en el instituto 500 euros de procedencia dudosa. Esto la hará verse envuelta, sin desearlo, en mitad de una operación de bandas rusas y estonias de tráfico de drogas.

Comienza un juego de persecuciones y huídas que acabará llevándola a la mansión del legendario criminal conocido como 'Oso Polar'.

Todo, mientras la ciudad sufre el invierno más frío en décadas. Y nada brilla tan rojo contra la blanca nieve como la sangre...

SALLA SIMUKKA

Rojo como la sangre

Me llamo Lumikki N°1

Traducción de Jordi Trilla

La Galera

Sinopsis

Lumikki Andersson tiene 17 años, va a una escuela de arte y no le gusta meterse en asuntos ajenos. Pero un día encuentra en el instituto 500 euros de procedencia dudosa. Esto la hará verse envuelta, sin desearlo, en mitad de una operación de bandas rusas y estonias de tráfico de drogas.

Comienza un juego de persecuciones y huídas que acabará llevándola a la mansión del legendario criminal conocido como 'Oso Polar'.

Todo, mientras la ciudad sufre el invierno más frío en décadas. Y nada brilla tan rojo contra la blanca nieve como la sangre...

Título Original: *Punainen Kuin Veri*

Traductor: Trilla, Jordi

Autor: Simukka, Salla

©2013, La Galera

ISBN: 9788494080197

Generado con: QualityEbook v0.84

Salla Simukka

Rojo como la sangre

TÍTULO origina finlandés: Punainen Kiuin Ven

Primera edición: octubre de 2014

Diseño de cubierta de la edición original finlandesa de Tanuni
Diseño: Laura Lyytiaen

Fotografía: Serg Zastavkin / Shutterstock

Maquetación: Marqués, SL

Edición: Marcelo E. Mazzanti

Coordinación editorial: Arma Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Salla Símulukka, 2013, por el texto

© Jordi Trilla Segura, 2014, por la traducción

Todas las obras citadas son © sus respectivos propietarios.

© 2014 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Impreso en Egedsa Roís de Corella, 16 08205 Sabadell

Depósito legal: B-13.182-2014

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-940-8019-7

La Galera, SAU Editorial Josep Pla, 95.08019 Barcelona

Érase una vez un día de invierno en el que bs copos de nieve caían como plumas del cielo.

Una reina se encontraba sentada junto a una ventana con marco de ébano y cosía. Y mientras cosía y observaba la nieve, se pinchó un dedo con la aguja y cayeron tres gotas de sangre. Y como el rojo quedaba tan bonito sobre la nieve, pensó: «¡Ojalá tuviese un niño tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre y tan negro como el ébano!».

28 DE FEBRERO

DOMINGO

1

LA nieve relucía, blanca, en el suelo. Quince minutos antes, una nueva capa, limpia y blanda, se había depositado sobre la anterior. Quince minutos antes, todo era posible aún. El mundo parecía hermoso y dejaba entrever un futuro brillante, plácido y libre. El futuro, por el que valía la pena correr un gran riesgo, jugárselo todo, intentar liberarse para siempre.

Quince minutos antes, una nevada ligera y suave había extendido un fino manto sobre la nieve vieja. Después dejó de nevar tan de repente como había empezado, y un rayo de sol fugaz apareció entre las nubes. En todo el invierno no se había visto un día tan bonito como aquel.

Entonces, el rojo se mezclaba cada vez más con el blanco. Se extendía e iba ganando terreno; se deslizaba a través de la nieve cristalina y la teñía a su paso. Una parte del rojo había caído más lejos y había salpicado la nieve. Era de un color tan vivo que, de tener voz, habría gritado.

Natalia Smirnova miraba fijamente la nieve con sus ojos marrones, pero no veía nada. No pensaba en nada. No esperaba nada. No tenía miedo de nada.

Diez minutos antes, Natalia había tenido más esperanzas y más miedo que nunca en su vida. Con las manos temblorosas, había llenado su bolso Louis Vuitton auténtico con un montón de billetes. Había aguzado el oído para oír el más mínimo ruido. Había intentado tranquilizarse y decirse a sí misma que no corría ningún peligro. Ella misma lo había planeado todo. Pero, al mismo tiempo, también sabía que ningún plan era infalible. Un ligero empujón podía derribar toda la obra, planificada al detalle durante meses.

En el bolso tenía el pasaporte y un billete de avión para Moscú. No se llevaba nada más. En el aeropuerto de

Moscú, su hermano la estaría esperando con un coche de alquiler. La llevaría a una casa de campo, que solo conocían unas pocas personas, a cientos de kilómetros. Allí estarían su madre y Olga, su hija de tres años, a la que hacía más de uno que no veía. ¿La recordarla la niña? Ya tendrían tiempo para volver a conocerse en aquella casa; se refugiarían allí durante uno o dos meses. Todo el tiempo que fuese necesario para poder sentirse fuera de peligro. Todo el tiempo necesario para que se olvidaran de ella.

Natalia había ahuyentado la voz insistente que, en su interior, le decía que no se olvidarían de ella, que no la dejarían escapar. Se había convencido de que ella no era tan importante, de que en cualquier momento encontrarían a otra que la sustituiría. No se tomarían las molestias de ir a buscarla a su escondite.

En aquellos asuntos siempre había alguien que desaparecía. A veces, llevándose el dinero. Formaba parte de los riesgos del negocio; pérdidas inevitables, exactamente igual que la fruta que se pudre en la tienda y que hay que tirar a la basura.

Natalia no había contado el dinero. Había embutido en el bolso tantos billetes como había podido. Algunos estaban arrugados, pero eso no tenía ninguna importancia. Un billete arrugado de quinientos euros vale lo mismo que uno totalmente liso y nuevo. Podía servirle para comprar la comida de tres meses, o hasta cuatro, si era precavida y ahorraba lo suficiente. Bastaba para pagar el silencio de una persona durante algún tiempo. Para muchos, quinientos euros era el precio de guardar un secreto.

Natalia Smirnova, de veinte años, yacía boca abajo sobre la nieve, con una mejilla contra la superficie gélida. No sentía la punzada de la nieve helada en la piel. No sentía los glaciales veinticinco grados bajo cero en sus orejas desprotegidas.

*Moa vieras on ja kylmä kevät sen
Natalia, sua paleltaa¹*

El hombre le había cantado la canción con su voz ronca y desafinada. A Natalia no le gustaba aquella canción. La Natalia que aparecía en ella era de Ucrania, y ella era de Rusia. A pesar de todo, le gustaba cuando el hombre cantaba y le acariciaba el pelo. Había intentado no escuchar la letra y, por suerte, lo había conseguido con bastante facilidad. Tenía nociones de finlandés, lo entendía mucho mejor que lo hablaba, pero, cuando dejaba de esforzarse y relajaba la mente, aquellas palabras extranjeras se enredaban, perdían su significado y se transformaban en una mera combinación de sonidos que fluían de la boca del hombre y le zumbaban en la nuca.

Cinco minutos antes, Natalia también había pensado en el hombre y en sus manos torpes. ¿La echaría de menos? Tal vez un poco. Tal vez solo un poco. Pero seguro que no lo suficiente, porque el hombre no la amaba de verdad. Si la hubiese amado de verdad, le habría solucionado la vida, tal como le había prometido en muchas ocasiones. Pero Natalia se había tenido que solucionar la vida ella misma.

Dos minutos antes, Natalia había cerrado el bolso. Estaba lleno a rebosar de billetes. Se había apresurado a limpiar las huellas y se había mirado fugazmente en el espejo de la entrada. Tenía el cabello teñido de rubio, los ojos marrones, las cejas delgadas y los labios pintados de un rojo brillante. Estaba pálida y tenía ojeras de no dormir. Estaba a punto de salir. Sentía el sabor de la libertad y el miedo en la boca. Y sabían a hierro.

Dos minutos antes, había fijado la mirada en su imagen, en el espejo, y había levantado la barbilla. Aprovecharía aquella oportunidad para dar el golpe.

Natalia había oído cómo giraba la llave en la cerradura. Se había quedado helada allí mismo. Había distinguido los pasos de una persona y, después, los de una segunda y aun los de una tercera: eran los tres. Los tres, que entraban por la puerta. No le quedaba más remedio que huir.

Un minuto antes, Natalia se había precipitado, a través de la cocina, hacia la puerta de la terraza. Había buscado a tientas la cerradura. Las manos le temblaban tanto que no podía abrir la puerta. Después, milagrosamente, se había abierto, y Natalia había corrido por la terraza cubierta de nieve para seguir hacia el jardín. Las botas de piel se le hundían en los montones de nieve, pero no había dejado de correr, sin mirar atrás. No había oído nada. Por un momento le pasó por U cabeza que se podría salvar, que lo conseguiría, que podría huir, vencer.

Treinta segundos antes se había oído el chasquido sordo de un arma equipada con silenciador. Una bala atravesó, por detrás, el abrigo de Natalia Smirnova, le perforó la piel, se adentró por la espina dorsal, le desgarró los órganos y, finalmente, el asa del bolso Louis Vuitton, que apretaba contra el estómago. Natalia cayó hacia delante sobre la nieve pura y virgen.

Un charco rojo se extendió debajo de Natalia y devoró la nieve a su alrededor. El rojo, aún voraz y caliente, se enfriaba a cada segundo que pasaba. Los pasos lentos y pesados de una persona se aproximaban a Natalia Smirnova, que yacía sobre la nieve. Ella ya no los oyó.

29 DE FEBRERO

LUNES DE MADRUGADA

2

LOS tres chocaron entre sí en el umbral de la puerta. Todos querían ser el primero en entrar.

—¡Eh, dejadme un poco de espacio para que pueda meter la llave en el agujero!

—¡Pero si tú nunca puedes meter nada en el agujero!

Hubo risas, exclamaciones reclamando silencio y más risas.

—¡Esperad! Ahora sí. La llave ya está dentro. Y gira despacio, muy despacio. ¡Guau! ¡Es increíble! ¿Os dais cuenta de que con solo girar una llave podéis abrir una cerradura? Alucina, que alguien haya inventado un sistema como este. Para mí, es la decimotercera maravilla del mundo.

—Cierra el pico y abre la puerta de una vez.

Los tres empujaron la puerta e irrumpieron en el interior. Uno de ellos estuvo a punto de caerse. El segundo empezó a lanzar unos chillidos agudos y se rio cuando escuchó el eco de su voz en aquel enorme espacio vacío. El tercero se esforzaba por recordar el código de la alarma mientras pulsaba las teclas de una en una.

—Uno... siete... tres... dos. ¡Vaya! ¡Es correcto! Esta es la decimocuarta maravilla del mundo: que, pulsando unos números, puedas ser capaz de detener una alarma. ¡Dios! Ahora ya sé lo que voy a ser de mayor: cerrajero. ¿Verdad que es una buena profesión? ¡Poder ganarse la vida con las cerraduras! Y, si no, seré guardia de seguridad.

Los otros no lo escuchaban. Corrían por los pasillos vacíos y oscuros gritando y riendo. El tercero del grupo los persiguió. Las risas resonaban por las paredes, subían y bajaban por las escaleras.

—¡Somos los mejores!

Los mejores... mejores... jores... ores...

—¡Y ricos del copón!

Chocaron entre sí intencionadamente y cayeron al suelo. Daban vueltas y se partían de risa. Imitaban las posturas de los ángeles sobre el suelo de piedra. Entonces, uno de ellos recordó:

—Quizás somos ricos, pero es dinero sucio.

—Sí. *Dirty money!*

—Tenemos que ir al cuarto oscuro. Por eso estamos aquí.

Apenas podían recordar lo que había sucedido antes. Una niebla cubría los acontecimientos, que aparecían como flashes de imágenes inconexas. Alguien que vomitaba. Otros que nadaban desnudos en la piscina. Una puerta cerrada con llave que no debería haberlo estado. Un jarrón de cristal que se había roto y con el que alguien se había cortado en un pie. Sangre. Música que sonaba demasiado fuerte. *Oops, I did it again.* Un éxito olvidado que alguien quería reproducir en modo *repeat*. *I played with your heart, got lost in a game.* Alguien que lloraba desconsoladamente, sollozaba, pero no quería que lo ayudaran. El suelo resbaladizo porque se había derramado ron, y olía a acre y dulce al mismo tiempo.

Los recuerdos no se dejaban ordenar en una sucesión lógica. ¿Quién había traído la bolsa de plástico? ¿En qué momento? ¿Quién la había abierto, había introducido la mano en ella, la había sacado y se había chupado los dedos? Y ¿cuándo habían atado cabos?

Necesitaban algo. Enseguida. Inmediatamente.

—¿Os queda algo? Me apetece tomar algo.

—Yo tengo de estas.

Tres pastillas. Una para cada uno. Se las pusieron en la lengua los tres a la vez y dejaron que se disolvieran.

—¡Vaya subidón! ¡Sí! ¡Subidón, subidón!

Estaban en el cuarto oscuro, a oscuras. De repente, uno de ellos encendió la luz.

—¡Que se haga la luz! Y la luz se hizo.

Pusieron la bolsa de plástico encima de la mesa y luego la abrieron.

—¡Uf! ¡Qué mal huele!

—El dinero no huele mal, huele bien, venga de donde venga.

—Hay un montonazo.

—Y nos lo vamos a repartir a partes iguales.

—¡Esto es extraordinario! Nunca me había sucedido nada igual. ¡Os amo, chicos! ¡Amo al mundo entero!

—No te pongas a besuquearme ahora, que pierdo la concentración y me pongo caliente.

—Podríamos hacerlo aquí.

—No, no podéis. Tenemos que empezar con el trabajo de limpieza.

Llenaron la cubeta de las pruebas con agua. Sumergieron los billetes. Después los colgaron uno a uno para que se secaran.

—Esto es lo que yo llamo lavar dinero. Lavar dinero de verdad.